

Por la tarde, cuando el alegre coro de mis discípulos se repartía por las animadas calles de la villa y en mi clase quedaba la honda tristeza de la soledad, yo tomaba con cariño algunos de mis libros amigos, y, en su grata compañía marchaba por los campos llenos de vida para recibir la última caricia solar...

Sentía una verdadera alegría por los fecundos sacrificios a que me obligaba mi profesión de educador; mis primeros albores literarios hacían revolar en mi mente el pájaro azul de la Ilusión; y el pequeño y travieso «dios ciego» del amor me tenía vencido por sus certeros como sutiles dardos...

Como un manto inmenso y ondulado, de verdor perenne, se extendía ante mis pies la bella campiña asturiana, bordada por las olorosas valladeras de laureles y madre selvas... Yo caminaba, caminaba, abstraído en mis halagadores pensamientos, y de vez en cuando, me detenía: ora para formar un lindo *bouquet* con las tímidas y fragantes violetas que pródigamente ofrecía la musgosa ladera; ya por escuchar la dulce polifonía de los mirlos encelados, que se desgranaba como caudal de notas cristalinas en el seno resonador del valle...; o para recitar en el magno templo de la indescriptible Naturaleza las trovas suaves de mi lírica inspiración, que tenía para mí el encanto de las hondas melodías vesperales...

¡Oh, dulce arrobamiento...! Contemplación.

Por la red interminable de veredas tortuosas se movían con paso tardo algunas vacas que seguían con mansedumbre el mandato de la esquila melancólica. Había en el ambiente un suave olor a heno, mezclado a los fuertes aromas resinosos que la brisa traía de los cercanos pinares... Sobre el cuadro de iniciadas penumbras la luz crepuscular tendía el misterio de su inquietud.

Allá en lo alto del monte coronado de rígidos pinares había una enorme roca que me servía de firme asiento. Desde el sitio incommovible contemplaba la ondulant, plomiza, rugiente superficie del Cantábrico, y el rico caudal de mi lirismo se desbordaba libremente... ¡oh, roca eternal, cuántas horas fuiste el trono de mi reino de ensueños!

Luego, de improviso, la primera campanada del Angelus llegaba hasta mí cual paloma mensajera de la Fe, y descubriendo mi cabeza colmada de anhelos regresaba, muy despacio, modulando con santa emoción: ¡Angelus Dómine nunciavit Mariae!

Dolor o verdad

¡Dolor! Fecundo germen de verdades, maestro sin igual, ¡yo te bendigo! me enseñas a matar mis vanidades mostrándome mi hermano en un mendigo.

Yo quiero hundirme en el eterno olvido dejar por siempre la mentida gloria ser de mi propio ser desconocido y ajeno al recordar de mi memoria.

¿De qué me vale el mundanal deseo jamás saciado por la torpe vida, si ha de acabarse todo cuanto veo, dejando la esperanza resentida.

Huyendo del aplauso mundanal, sembrado de mentiras dolorosas siguiendo voy la luz de un ideal

¡Sé que hay espinas siempre entre las rosas!

CIRILO MUÑOZ Y SOBRINO.



La Semana Santa en la ciudad de Valdepeñas, cada año reviste mayor esplendor.

Responde en efecto a las iniciativas del digno Cura Párroco de la Asunción, D. Ricardo Calso, que con obras encaminadas a encauzar el alma de los hijos de Valdepeñas, pone de relieve los puros sentimientos y el noble carácter de éstos, arrollando los vicios y deserrando las causas que motivan el que se tache al pueblo de vandálico y pervertido.

No hace muchos años, las procesiones de Semana Santa habían decaído notoriamente. Pero bien pronto se notó el influjo que la gente joven, dirigida por mano maestra, dió a estas fiestas religiosas.

Se ha creado la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Caído, que cuenta actualmente con un crecido número de hermanos que cada año se aumenta, y seguramente llegará a ser la más nutrida de todas las Cofradías.

El paso de artística talla y grandes dimensiones representa a Jesús Caído, rodeado de judíos que le maltratan y es de tanta realidad, imita tan maravillosamente la genial obra de Salzillo, que el pueblo entero de Valdepeñas invade las calles por donde desfila la procesión el Viernes Santo por la mañana, ávidos de contemplar la figura de ese Jesús caído, que sabe inspirar altos pensamientos en aquellos que le miran; siendo muchos los que ingresan en la hermandad por esa devoción que imprime a quienes saben mirarle.

La nota más simpática de este año ha sido un grupo de niños que, dirigidos por el excelente salmista de la Asunción D. Angel Castaños y por los cultos profesores de las Graduadas D. Jesús Baeza y D. José Rubayos, ha entonado cánticos llenos de poesía durante la procesión.

Las demás cofradías que figuran en las fiestas de Semana Santa, responden a lo tradicional y es justo reconocer que encarnan los más cristianos sentimientos de este pueblo, pues datan de hace muchos años y pasa de padres a hijos, ganando cada vez más en esplendor.

Poseen magníficas imágenes, ricas vestiduras y artísticas andas.

Y antes de terminar dedico un elogio lleno de sinceridad y cariño a la floreciente cofradía de Soldados Romanos, formada por hombres de recto corazón, que después de trabajar durante todo el año desean que llegue Semana Santa para contribuir con su significación cristiana al mayor lucimiento de las procesiones.

Estos son los verdaderos hijos de este hidalgo pueblo.

ALFONSO CARO-PATON.